

ACERCA DE LA IDENTIDAD Y MISIÓN DE LA EDUCACIÓN CATÓLICA

Identity and mission of the catholic education

HÉCTOR VARGAS BASTIDAS*

SERGIO TORRES**

SERGIO NASER***

Resumen

Hoy, como en el pasado, algunas instituciones educativas que se dicen católicas pareciera que no responden plenamente al proyecto educativo que debería distinguirlas y, por lo tanto, no cumplen con las funciones que la Iglesia y la Sociedad esperan de ellas.

Ante este escenario, el artículo aborda y reflexiona diversos aspectos vinculados con la Identidad católica; la conciencia que se tiene de ella y la audacia para asumir todas las consecuencias que se derivan de su diferencia con otras instituciones formativas.

Palabras clave: educación católica, identidad católica, instituciones educativas católicas, misión educativa católica

Abstract

Today, as in the past, some educational institutions which claim to be catholic seem to be failing in fully responding to the educational project which should distinguish them. Hence, they do not fulfill those functions which the Church as well as the Society expect from them.

In such context, the article approaches and reflects upon several aspects linked with the Catholic identity; the level of awareness of it and the daring to undertake all consequences resulting from its difference with other training institutions.

Key words: catholic education, catholic identity, catholic educational institutions, mission of catholic education

* Obispo de Arica, presidente del Área Educación de la Conferencia Episcopal de Chile; hvargas@episcopado.cl

** Rector de la Universidad Católica Silva Henríquez, storres@ucsh.cl

*** Sacerdote diocesano de Santiago, snaser@iglesia.cl

El concepto de educación

Para comprender bien la misión específica de la educación católica conviene partir de una reflexión sobre el concepto de “educación”, teniendo presente que si no es “educación” y no reproduce los elementos característicos de ésta, tampoco puede aspirar a ser educación “católica”¹.

La educación la queremos concebir, fundamentalmente, como un proceso de formación integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura. Y ésta, entendida como rico patrimonio a asimilar, pero y también como un elemento vital y dinámico del cual forma parte. Ello exige confrontar e insertar valores perennes en el contexto actual.

De este modo, la cultura se hace educativa. Una educación que no cumpla esta función, limitándose a elaboraciones prefabricadas, se convertirá en un obstáculo para el desarrollo de la personalidad de los alumnos.

De lo dicho se desprende la necesidad de que todo centro de formación confronte su propio programa formativo, sus contenidos, sus métodos, con la visión de la realidad en la que se inspira y de la que depende su ejercicio.

Es decisivo que todo miembro de la comunidad educativa tenga presente tal visión de la realidad, visión que se funda, de hecho, en una escala de valores en la que se cree y que confiere a maestros y adultos autoridad para educar. No se puede olvidar que se enseña para educar, o sea, para formar al hombre desde dentro, para liberarlo de los condicionamientos que pudieran impedirle vivir plenamente como hombre.

Los Pastores de América Latina reunidos en la Asamblea de Santo Domingo afirmaban, en efecto, que “ningún maestro educa sin saber para qué educa, y que, a su vez, siempre existe un proyecto de hombre encerrado en todo proyecto educativo; y que este proyecto vale según construya o destruya al educando. Este es el valor educativo”².

Lo anterior incluye poner de relieve la dimensión ética y religiosa de la cultura, precisamente con el fin de activar el dinamismo espiritual del sujeto y ayudarle a alcanzar la libertad ética que presupone y perfecciona a la psicológica. Pero no se da la libertad ética sino en la confrontación con los valores absolutos de los cuales depende el sentido y el valor de la vida del hombre. Se dice esto, porque aun en el ámbito de la educación se manifiesta la tendencia a asumir la actualidad como parámetro de los valores, corriendo así el peligro de responder a aspiraciones transitorias y superficiales, perdiendo de vista

¹ La Escuela Católica, N° 25.

² Santo Domingo, N° 265.

las exigencias más profundas del mundo contemporáneo, como son formar personalidades fuertes y responsables, capaces de hacer opciones libres y justas.

Estas son características a través de las cuales los jóvenes se capacitan para abrirse, progresivamente, a la realidad y formarse así una determinada concepción de la vida.

De este modo configurada, la educación supone no solamente una elección de valores culturales, sino también una elección de valores de vida que deben estar presentes de manera operante. La educación, entonces, se transforma en una actividad humana del orden de la cultura, la cual tiene una finalidad esencialmente humanizadora. Se comprende, por lo tanto, que el objetivo de toda educación genuina es la de humanizar y personalizar al hombre, sin desviarlo, antes bien, orientándolo hacia su fin último que trasciende la finitud esencial de la persona. La educación, en consecuencia, resultará más humanizadora en la medida en que más se abra a la trascendencia, es decir, a la Verdad y al Sumo Bien. La educación, en definitiva, humaniza y personaliza al hombre, cuando logra que éste desarrolle plenamente su pensamiento y su libertad, haciéndolo fructificar en hábitos de comprensión y de comunión con la totalidad del orden real por los cuales la misma persona humaniza su mundo, produce cultura, transforma la sociedad y construye la historia³.

El carácter específico de la educación católica

Después de haber señalado de modo muy sintético algunas características sobre la identidad de la educación en general, es posible ahora concentrar la atención en aquello que la especifica como católica. Hoy, como en el pasado, algunas instituciones educativas que se dicen católicas pareciera que no responden plenamente al proyecto educativo que debería distinguirlas y, por lo tanto, no cumplen con las funciones que la Iglesia y la sociedad tendrían derecho a esperar de ellas. Lo que falta, muchas veces, a los católicos que trabajan en las mencionadas instituciones, en el fondo es, quizás, una clara conciencia de la identidad católica de las mismas y la audacia para asumir todas las consecuencias que se derivan de su diferencia respecto de otro tipo de centros de formación.

Por tanto, se debe reconocer que su tarea se presenta como ardua y compleja, sobre todo hoy, cuando el cristianismo debe ser encarnado en nuevas formas de vida por las transformaciones que tienen lugar en la Iglesia y en la sociedad, particularmente a causa del pluralismo y de la tendencia creciente a marginar el mensaje cristiano. Lo que la define en este sentido es su referencia a la concepción cristiana de la realidad. Jesucristo es el centro de tal concepción⁴.

³ Puebla, N° 1025.

⁴ La Escuela Católica, 65-66.

Cuando hablamos de una educación cristiana, por lo tanto, hablamos de que el maestro educa hacia un proyecto de persona en el que viva Jesucristo; hay muchos valores; pero estos valores nunca están solos, siempre forman una constelación ordenada, explícita e implícitamente. Si la ordenación tiene como fundamento y término a Cristo, entonces esta educación está recapitulando todo en Cristo y es una verdadera educación cristiana; si no, puede hablar de Cristo, pero corre el riesgo de no ser cristiana⁵.

Se da, de este modo, una compenetración entre los dos aspectos. Lo cual significa que no se concibe que se pueda anunciar el Evangelio sin que éste ilumine, infunda aliento y esperanza, e inspire soluciones adecuadas a los problemas de la existencia del hombre; ni tampoco que pueda pensarse en una verdadera promoción del hombre sin abrirlo a Dios y anunciarle a Jesucristo⁶.

De este modo, estamos en condiciones de afirmar que en el proyecto educativo católico, Cristo, el Hombre perfecto, es el fundamento, en donde todos los valores humanos encuentran su plena realización y, de ahí, su unidad: El revela y promueve el sentido nuevo de la existencia y la transforma, capacitando al hombre y a la mujer a vivir de manera divina, es decir, a pensar, querer y actuar según el Evangelio, haciendo de las bienaventuranzas la norma de su vida. Precisamente por la referencia explícita y compartida por todos los miembros de la comunidad escolar, a la visión cristiana –aunque sea en grado diverso y respetando la libertad de conciencia y religiosa de los no cristianos presentes en ella– es por lo que la educación es “católica”, porque los principios evangélicos se convierten para ella en normas educativas, motivaciones interiores y al mismo tiempo en metas finales. Este es el carácter específicamente católico de la educación. Jesucristo, pues, eleva y ennoblece a la persona humana, da valor a su existencia y constituye el perfecto ejemplo de vida y la mejor noticia, propuesta por los centros de formación católica a los jóvenes⁷.

Dentro del mundo pluralista de hoy, el educador católico está llamado, entonces, a guiarse conscientemente en su tarea por la concepción cristiana del hombre en comunión con el magisterio de la Iglesia. Concepción que, incluyendo la defensa de los derechos humanos, coloca a la persona en la más alta dignidad, la de hijo de Dios; en la más plena libertad, liberado por Cristo del pecado mismo; en el más alto destino, la posesión definitiva y total del mismo Dios por el amor. Lo sitúa en la más estrecha relación de solidaridad con los demás hombres por el amor fraterno y la comunidad eclesial; lo impulsa al más alto desarrollo de todo lo humano, porque ha sido constituido señor del mundo por su propio Creador; le da, en fin, como modelo y meta a Cristo,

⁵ Santo Domingo, 265.

⁶ Carta Apostólica *Iuvenum Patris*, N° 10.

⁷ La Escuela Católica, 34.

Hijo de Dios encarnado, perfecto Hombre, cuya imitación constituye para el hombre una fuente inagotable de superación personal y colectiva.

De esta forma, el educador católico, como bien afirmaba Paulo VI, puede estar seguro de que hace al hombre más hombre. Corresponderá, sobre todo, al educador laico, comunicar existencialmente a sus alumnos que las personas inmersas cotidianamente en lo terrenal, aquéllas que viven la vida propia del mundo, y por eso constituye la inmensa mayoría de la familia humana, están en posesión de tan excelsa dignidad⁸.

Contenidos y fines distintivos de la educación católica

Estas premisas permiten indicar las tareas y explicitar los contenidos de la educación católica. Las tareas se polarizan en la síntesis entre cultura y fe y entre fe y vida; tal síntesis se realiza mediante la integración de los diversos contenidos del saber humano, especificado en las distintas disciplinas, a la luz del mensaje evangélico y mediante el desarrollo de las virtudes que caracterizan al cristiano.

Síntesis entre fe y cultura

Al proponerse promover entre los alumnos la síntesis entre fe y cultura a través de la enseñanza, la educación católica parte de una concepción profunda del saber humano en cuanto tal y no pretende en modo alguno desviar la enseñanza y los aprendizajes del objetivo que le corresponde en la educación escolar, superior o no formal⁹.

En este contexto se cultivan todas las disciplinas con el debido respeto al método particular de cada una. Sería erróneo considerar estas disciplinas como simples auxiliares de la fe o como medios utilizables para fines apologéticos. Ellas permiten aprender técnicas, conocimientos, métodos intelectuales, actitudes morales y sociales que capaciten al alumno para desarrollar su propia personalidad e integrarse como miembro activo en la comunidad humana. Presentan, pues, no sólo un saber que adquirir, sino también valores que asimilar y en particular verdades que descubrir.

Dentro de este desafío de la integración fe-cultura, es que nace la responsabilidad de la educación católica de consagrarse sin reservas a la *causa de la verdad*, distinguiéndose por su libre búsqueda de toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios.

⁸ El Laico Educador, Testigo de Fe en la Escuela, N° 18.

⁹ La Escuela Católica, 38.

Nuestra época, en efecto, tiene necesidad urgente de esta forma de servicio desinteresado que es el de *proclamar el sentido de la verdad*, valor fundamental sin el cual desaparecen la libertad, la justicia y la dignidad del hombre¹⁰.

En la medida en que las diversas materias se cultivan y se presentan como expresión del espíritu humano, que con plena libertad y responsabilidad buscan el bien, ellas son ya, en cierta manera, cristianas, porque el descubrimiento y el reconocimiento de la verdad orienta al hombre a la búsqueda de la Verdad total. El maestro, preparado en la propia disciplina y dotado además de sabiduría cristiana, transmite al alumno el sentido profundo de lo mismo que enseña y lo conduce, trascendiendo las palabras, al corazón de la verdad total. Este saber, sin embargo, no es único ni uniforme, menos aún en la cultura actual, en donde el saber aumenta a diario y se incrementa la especialización del conocimiento. Por lo tanto, la investigación en la educación católica busca lograr la necesaria integración de todo el saber como una tarea permanente y siempre perfeccionable.

Ayudados por la filosofía y la teología, los constructores y animadores de un proyecto educativo católico deben esforzarse constantemente en determinar el lugar que le corresponde y el sentido de cada una de las diversas disciplinas en el marco de una visión de la persona humana y del mundo iluminada por el Evangelio y, consiguientemente, por la fe en Cristo como centro de la creación y de la historia¹¹.

Promoviendo dicha integración, la educación católica debe comprometerse, más específicamente, en el diálogo entre fe y razón, de modo que se pueda ver más profundamente cómo fe y razón se encuentran en la única verdad.

Aunque conservando cada disciplina su propia identidad y sus propios métodos, éste diálogo pone en evidencia que “la investigación metódica en todos los campos del saber, si se realiza de una forma auténticamente científica y conforme a las leyes morales, nunca será en realidad contraria a la fe, porque las realidades profanas y las de la fe tienen su origen en el mismo Dios”¹².

La vital interacción de los dos distintos niveles de conocimiento de la única verdad conduce a un amor mayor de la verdad misma y contribuye a una mejor comprensión de la vida humana y del fin de la creación.

La *teología* desempeña un papel particularmente importante en la búsqueda de esta síntesis del saber, como también en el diálogo entre fe y razón. Ella presta, además, una ayuda a todas las otras disciplinas en su búsqueda de significado, no sólo ayudándoles

¹⁰ Ex Corde Ecclesiae, 4.

¹¹ Ex Corde Ecclesiae, 41.

¹² Gaudium et Spes, 36.

a examinar de qué modo sus descubrimientos influyen sobre las personas y la sociedad, sino dándoles también una perspectiva y una orientación que no están contenidas en sus metodologías propias. A su vez, la interacción con estas otras disciplinas y sus hallazgos enriquece a la teología, proporcionándole una mejor comprensión del mundo de hoy y haciendo que la investigación teológica se adapte mejor a las exigencias actuales¹³.

Así, mientras cada disciplina se enseña de manera sistemática y según sus propios métodos, la *interdisciplinariedad*, apoyada por la contribución de la filosofía y de la teología, ayuda a los estudiantes a adquirir una visión orgánica de la realidad y a desarrollar un deseo incesante de progreso intelectual. En la comunicación del saber se hace resaltar cómo la *razón humana en su reflexión* se abre a cuestiones siempre más vastas y cómo la respuesta completa a las mismas proviene de lo alto a través de la fe.

Además, *las implicaciones morales*, presentes en toda disciplina, son consideradas como parte integrante de la enseñanza de la misma disciplina; y esto para que todo el proceso educativo esté orientado, en definitiva, al desarrollo integral de la persona¹⁴.

Síntesis entre fe y vida

Fundada en la asimilación de los valores objetivos, la enseñanza, en su dimensión apostólica, no se limita a la síntesis entre fe y cultura, sino que tiende a realizar en el alumno una síntesis personal entre fe y vida.

Para lograr esta síntesis en la persona del alumno, la Iglesia –consciente que no basta ser bautizado para ser cristiano, sino que se requiere vivir y obrar conforme al Evangelio– sabe que el hombre necesita ser formado en un proceso de continua conversión para que, por medio de las virtudes teologales, llegue a ser aquello que Dios quiere que sea. Ella enseña a los jóvenes a dialogar con Dios en las diversas situaciones de su vida personal.

Los estimula a superar el individualismo y a descubrir, a la luz de la fe, que están llamados a vivir, de una manera responsable, una vocación específica en un contexto de solidaridad con los demás hombres. La trama misma de la humana existencia los invita, en cuanto cristianos, a comprometerse en el servicio de Dios en favor de los propios hermanos y a dar testimonio del amor de Dios, transformando el mundo para que venga a ser una digna morada de los hombres¹⁵.

En el desempeño de su misión específica, que consiste en transmitir de modo sistemático y crítico la cultura a la luz de la fe y de educar el dinamismo de las virtudes

¹³ Ex Corde Ecclesiae, 19.

¹⁴ Ex Corde Ecclesiae, 20.

¹⁵ La Escuela Católica, 45.

cristianas, promoviendo así la doble síntesis entre cultura y fe, y fe y vida, la educación católica es consciente de la importancia que tiene la enseñanza de la doctrina evangélica tal como es transmitida por la Iglesia Católica. Ese es, pues, el elemento fundamental de la acción educadora, dirigido a orientar al alumno hacia una opción consciente, vivida con empeño y coherencia.

En este sentido, es necesario subrayar que la presentación y anuncio de la Buena Nueva de la salvación no puede limitarse sólo a las clases de religión, o a algunos cursos y seminarios de teología, o a determinadas celebraciones litúrgicas, o a esporádicas publicaciones sobre fe y evangelización, o a opcionales actividades pastorales y de servicio. Ella ha de ser propuesta en todos los centros de formación católicos de una manera explícita, orgánica y sistemática, para evitar que se cree en el alumno un desequilibrio entre la cultura profana y la cultura religiosa. Una enseñanza tal, difiere, fundamentalmente de cualquier otra, porque si bien respeta la libertad de conciencia y grados de respuesta de cada uno, no se propone como fin una simple adhesión intelectual a la verdad religiosa, sino el entronque personal de todo el ser con la persona de Cristo¹⁶.

Según su propia naturaleza, la universidad católica presta en este sentido una importante ayuda a la Iglesia en su misión evangelizadora. Se trata de un vital testimonio de orden institucional de Cristo y su mensaje, tan necesario e importante para las culturas impregnadas por el secularismo. Así, la forma en que todas las actividades fundamentales de una universidad católica deberán vincularse y armonizarse con la misión evangelizadora de la Iglesia, se llevan a cabo a través de una investigación realizada a la luz del mensaje cristiano que:

- pone los nuevos descubrimientos humanos al servicio de las personas y de la sociedad;
- la formación que da debe ser en un contexto de fe, que prepare personas capaces de un juicio racional y crítico y conscientes de la dignidad trascendental de la persona humana;
- la formación profesional que entrega debe comprender los valores éticos y la dimensión de servicio a las personas y a la sociedad;
- el diálogo con la cultura debe favorecer una mejor comprensión de la fe y la investigación teológica ayudar a la fe a expresarse en lenguaje moderno.

La Iglesia, porque es cada vez más consciente de su misión salvífica en este mundo, quiere sentir estos centros cercanos a sí misma, desearía tenerlos presentes y operantes en la difusión del mensaje auténtico de Cristo.

¹⁶ La Escuela Católica, 50.

Desde esta base evangelizadora, la escuela católica está llamada a estructurarse como sujeto eclesial, es decir, como lugar de auténtica y específica acción pastoral. Ella comparte la misión evangelizadora de la Iglesia y es lugar privilegiado en el que se realiza la educación cristiana. Ella es verdadero y propio sujeto eclesial en razón de su acción escolar, en la que se funden armónicamente fe, cultura y vida. Es preciso, por tanto, reafirmar con fuerza que la dimensión eclesial no constituye una característica yuxtapuesta, sino que es cualidad propia y específica, carácter distintivo que impregna y anima cada momento de la acción educativa, parte fundamental de su misma identidad y punto central de su misión. La promoción de tal dimensión es el objetivo de cada uno de los elementos que integran la comunidad educativa. En virtud, pues, de su identidad la escuela católica es lugar de verdadera experiencia eclesial, a condición que se dé en plena comunión con la pastoral orgánica de la que la comunidad cristiana del sector es necesariamente la matriz¹⁷.

La originalidad de la Comunidad Educativa Cristiana

Todas las escuelas católicas están llamadas a realizar la comunidad educativa y pastoral.

Ella involucra, en clima de familia, a jóvenes y adultos, a padres de familia y a los educadores, de tal manera, que ésta pueda transformarse en una auténtica experiencia de Iglesia, reveladora del plan de Dios. La comunidad educativa, en efecto, es una instancia decisiva para la evangelización. El esfuerzo de unidad, vivido en el espíritu evangélico, es ya de por sí testimonio vivo, más que una forma eficaz de anuncio. Más que por una formal organización de roles y funciones –que no deben faltar– se caracteriza por el espíritu que la anima y por el clima de familia. Pero, en definitiva, a lo que más se tiende es a que sea una comunidad de fe, donde Dios se hace presente y se comunica, donde hay capacidad de anuncio y fuerza de testimonio, donde se hace una auténtica experiencia e Iglesia como lugar de comunión y participación, de modo que los jóvenes puedan experimentar los valores de la comunión humana y cristiana con Dios y con los hermanos. Por ello es una realidad siempre en crecimiento, que se forma y progresa.

Por todos estos motivos, los centros de formación católicos deben convertirse en “lugares de encuentro de aquéllos que quieren testimoniar los valores cristianos en toda la educación”¹⁸.

Como toda otra institución educativa y, más que ninguna otra, la católica debe constituirse en comunidad que tienda a la transmisión de valores de vida, porque su

¹⁷ La Escuela Católica en los Umbrales del Tercer Milenio, 11-12.

¹⁸ La Escuela Católica, 53.

proyecto, como se ha visto, tiende a la adhesión a Cristo, medida de todos los valores, en la fe. Pero la fe se asimila, sobre todo, a través del contacto con personas que viven cotidianamente la realidad: la fe cristiana nace y crece en el seno de una comunidad.

La dimensión comunitaria de la educación católica viene, pues, exigida no sólo por la naturaleza del hombre y la del proceso educativo, como ocurre en las demás escuelas, sino por la naturaleza misma de la fe. Consciente de sus limitaciones para responder a los compromisos que se derivan de su propio proyecto educativo, la institución educativa católica sabe que ella constituye una comunidad que debe alimentarse y confrontarse con las fuentes de las que se deriva la razón de su existencia: la Palabra salvífica de Cristo, tal como se expresa en la Sagrada Escritura, en la Tradición sobre todo litúrgica y sacramental y en la existencia de aquéllos que la han vivido o la viven actualmente. Sin esta constante referencia a la Palabra y el encuentro siempre renovado con Cristo, la educación católica se alejaría de su fundamento¹⁹.

De este modo, la acogida a los grandes valores del proyecto educativo católico cala más hondo cuando lo que involucra al joven no es sólo una persona, sino todo un ambiente lleno de vida y de propuestas. Las relaciones marcadas por la confianza y el espíritu de familia, la alegría y la fiesta acompañadas por el trabajo y la reflexión seria y responsable, las expresiones libres y múltiples del protagonismo juvenil, así como la fraterna presencia de educadores cercanos, que saben hacer propuestas que respondan a los intereses de los jóvenes y al mismo tiempo sugieren opciones de valores y de fe, constituyen características claves desde las cuales iniciar o continuar el camino de educación en la fe de una comunidad educativa católica.

En sus últimas Orientaciones los Obispos chilenos, en efecto, han dicho: “Especial atención se debe dar a los centros educativos donde se imparte la educación católica, sean éstos de enseñanza básica, media o de estudios superiores. En ellos la comunidad educativa debe ser la instancia pastoral que vele por la consistencia de la educación en la fe doctrinal, sacramental, litúrgica y caritativa. Lo anterior supone una comunidad educativa que procure vivir los criterios del Evangelio, que celebre la liturgia –aun dominical– que se solidarice con los pobres y que esté atenta a las necesidades de sus miembros. En este sentido “es oportuno recordar, en sintonía con el Concilio Vaticano II, que la dimensión comunitaria de los centros católicos no es una característica psicológica, sino que también tiene un fundamento teológico”²⁰.

¹⁹ La Escuela Católica, 54.

²⁰ Conferencia Episcopal de Chile, Orientaciones Pastorales 2000-2005, N° 114.

En este estilo de comunidad, es fundamental tener siempre presente el rol que le cabe tanto a los educadores, como a los padres de familia. En efecto, es evidente que semejante orientación de la enseñanza no depende tanto de la materia o de los programas, sino principalmente de las personas que los imparten.

Mucho dependerá de la capacidad de los maestros el que el proceso de enseñanza aprendizaje llegue a ser una escuela de fe, es decir, una transmisión del mensaje cristiano. La síntesis entre cultura y fe se realiza gracias a la armonía orgánica de fe y vida en la persona de los educadores. La nobleza de la tarea a la que han sido llamados reclama que, a imitación del único Maestro, Cristo, ellos revelen el misterio cristiano no sólo con la palabra sino también con sus mismas actitudes y comportamientos²¹. A su vez, los docentes católicos están llamados a esforzarse por mejorar cada vez más su propia competencia y por encuadrar el contenido, los objetivos, los métodos, experiencias de los aprendizajes y el resultado de sus investigaciones en sus respectivas disciplinas, en el contexto de una coherente visión cristiana del mundo.

Desde esta perspectiva, se puede afirmar que la enseñanza puede formar el espíritu y el corazón del alumno y disponerlo a adherirse a Cristo de una manera personal y con toda la plenitud de una naturaleza humana enriquecida por la cultura²².

El educador laico católico, por tanto, es aquél que ejercita su ministerio en la Iglesia, viviendo desde la fe su vocación secular en la estructura comunitaria de una institución educativa, con la mayor calidad profesional posible y con una proyección apostólica de esa fe en la formación integral del hombre, en la comunicación de la cultura, en la práctica de una pedagogía de contacto directo y personal con el alumno en la animación espiritual de la comunidad educativa a la que pertenece y de aquellos estamentos y personas con los que la comunidad educativa se relaciona. El educador laico debe estar profundamente convencido de que entra a participar en la misión santificadora y educadora de la Iglesia, y, por lo mismo, no puede considerarse al margen del conjunto eclesial²³.

Educar a los jóvenes en la fe debe ser para todo educador católico, trabajo y oración. Ha de estar consciente que, trabajando por la salvación de la juventud vive y manifiesta a sus alumnos la paternidad de Dios, que precede a toda criatura con su Providencia, la acompaña con su presencia y la salva entregando día a día la propia vida. Santos educadores nos enseñan a reconocer la presencia operante de Dios en nuestro quehacer educativo y a sentirla como vida y amor.

²¹ La Escuela Católica, 43.

²² Ex Corde Ecclesiae, 22.

²³ El Laico Educador, 24.

De este modo, los educadores cristianos están llamados a creer que Dios ama a los jóvenes, que Jesús quiere compartir su vida con ellos, que son la esperanza de un futuro nuevo y llevan ocultas en sus anhelos las semillas del Reino; que el Espíritu Santo se hace presente en los jóvenes y que por medio de ellos quiere edificar una comunidad humana y cristiana más auténtica; que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con El y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dignidad y educándolos en la plenitud de la vida. Tal ha de ser la fe que debe estar en el origen de la vocación de servicio de un educador cristiano y que motiva su vida y todas sus actividades educativas²⁴.

Los padres de familia, a su vez y puesto han dado la vida a los hijos, tienen la gravísima obligación de educar a la prole y, por lo tanto, hay que reconocerlos como los primeros y principales educadores de sus hijos. Este deber de la educación familiar es de tanta trascendencia, que cuando falta difícilmente podrá suplirse. Es, pues, deber de los padres crear un ambiente de familia animado por el amor, por la piedad hacia Dios y hacia los hombres, que favorezca la educación íntegra personal y social de los hijos. La familia es, por tanto, la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan²⁵. Por lo tanto, los padres de familia no pueden quedar marginados del proceso educativo. Es urgente ayudarles a tomar conciencia de sus derechos y deberes y facilitarles la participación directa en las actividades y aun en sus organizaciones propias²⁶. Es por ello que toda tarea educadora debe capacitar a la familia a fin de permitirle ejercer esa misión²⁷.

En cuanto a los mismos estudiantes, ya los Obispos en Medellín señalaban el protagonismo que están llamados a asumir en su propio proceso formativo. Ellos, afirmaban, insisten en que se tome en cuenta su problemática y a ser escuchados respecto de su propia formación, ya que es preciso no olvidar que cada joven tiende hacia su propio autoperfeccionamiento. Se le deben anunciar los valores para que tomen una actitud de aceptación personal de los mismos. La autoeducación resulta así un requisito indispensable para lograr la verdadera comunidad de educandos. De este modo, todos los integrantes de la comunidad educativa se transforman –de acuerdo a su rol– en agentes y destinatarios del proyecto educativo.

²⁴ La Educación de los Jóvenes en la Fe, 95.

²⁵ Gravissimum Educationis, 3.

²⁶ Medellín, 12.

²⁷ Puebla, 1036.

La globalización como contexto actual

La identidad de la educación católica, sin embargo, no constituye algo estático, sino que constituye una enorme riqueza que debe renovarse permanentemente, de modo de dar respuesta a las grandes ansias, interrogantes y búsquedas de cada nueva generación. Ello le exige a nuestras instituciones educativas vivir con pasión la hora presente, lo cual implica escuchar los gemidos del Pueblo de Dios y de la humanidad, e interpretar el tiempo actual desde la Palabra de Dios, en particular desde la Palabra hecha carne, es decir, desde Jesús, el Hijo de Dios Vivo.

En este sentido, nos toca educar en tiempos de globalización, fenómeno en el que nuestro país se encuentra sumergido. Fenómeno real y complejo que propicia una acelerada interacción entre los pueblos y los países del mundo, incidiendo fuertemente en el ámbito de la economía y el trabajo, del comercio y las finanzas internacionales, de las comunicaciones y las culturas del planeta. Incide, en una palabra, en casi todos los ámbitos de la vida humana. Este fenómeno se origina por los avances que se han dado y se siguen dando, en el campo de la ciencia, la tecnología, la educación, la informática y el mercado libre y por los grandes centros del poder político y económico. Ocasiona cambios que afectan a todos y que llegan hasta el interior de las personas: hasta su sentir, su pensar y sus costumbres. Lo que le pasa a una región de la tierra, le interesa a todas, ya se trate de la irresponsabilidad ecológica, el armamento nuclear, las guerras civiles, el terrorismo, las migraciones, la producción de droga, etc. Todo repercute en la globalidad. Todo afecta a todos.

Más allá de sus innegables beneficios, que colaboran a que la historia camine hacia su real destino, debemos afirmar que se trata también de una “globalización asimétrica”. Ésta tiende a acrecentar la desigualdad de oportunidades, la pobreza, la marginación, la corrupción, la nivelación cultural, la colonización económica y valórica. La globalización, manifestación de un auténtico cambio de época, en los últimos 20 años ha trastocado la organización económica y el trabajo, el comercio y las fuerzas internacionales, las relaciones sociales y los modelos de vida, los Estados y la política, las comunicaciones y las culturas del planeta. El nuevo contexto está lleno de factores positivos y negativos que podrían potenciar el desarrollo humano de nuestras comunidades y países o, por el contrario, ser factores de mayor exclusión y empobrecimiento.

Por otra parte, la globalización asimétrica de antivalores está provocando una verdadera revolución en el ámbito de la cultura y, por ende, de la educación, ya que tiende a alterar la identidad cultural de casi todos los pueblos. Mientras promueve el culto al propio yo, al dinero y al placer, atenta contra la solidaridad con los marginados, contra el respeto y el valor sagrado de la vida, contra el matrimonio, la familia y la heterosexualidad, contra la identidad y misión de la mujer, contra la diversidad cultural y contra la auténtica concepción de la libertad, cuya vocación es aliarse con la verdad, la belleza y

el bien. En definitiva, como toda criatura gestada por el hombre, la globalización será aquello que nosotros hagamos de ella²⁸.

Esto ocurre en nuestro continente, donde el mercado laboral está subvaluado y deprimido y donde existe una progresiva y amenazante degradación ambiental; en un continente que continúa siendo una de las regiones menos equitativas del mundo, la brecha entre ricos y pobres se amplía en lugar de disminuir y los esfuerzos para disminuir significativamente la pobreza casi siempre son insuficientes o inadecuados. Las desigualdades, fruto de la inadecuada distribución de la educación y de la riqueza, hieren severamente el tejido social. En este escenario, son una escasa excepción los pobres que poseen las oportunidades que les son necesarias para su desarrollo integral.

La evidencia empírica permite afirmar que en América Latina se mantiene una grave injusticia social que frena el posible desarrollo humano de millones de habitantes.

Nuestra cosmovisión cristiana nos aproxima al fenómeno de la globalización desde los criterios fundamentales de la dignidad de la persona humana, cuyo bien es el criterio último de todo progreso y de su vocación a la comunión, desde el destino universal de los bienes y la opción evangélica por los pobres y desde la visión del universo como creación de Dios, confiada al ser humano para que lo contemple y lo admire según el querer del Creador. Nuestro deber como educadores católicos consiste en humanizar la globalización y globalizar la solidaridad.

Algunos desafíos que emergen para la educación católica

La opción por los pobres

Los Obispos de Chile, en reciente documento sobre las Acentuaciones de las Orientaciones Pastorales, señalan que el Señor se identificó con los pobres, los sufrientes, los sin casa, los enfermos, los excluidos. Así lo enseña la tradición patristica y la más genuina tradición espiritual; también lo hizo San Alberto Hurtado al decirnos que el pobre es Cristo. Desde los pobres, Cristo nos habla, nos interpela, nos evangeliza.

La solidaridad del Hijo eterno de Dios con la humanidad –¡se hizo hombre y habitó entre nosotros!– es la causa de nuestra opción preferencial por los pobres: Por esa sola razón, los pobres merecen una atención preferencial, cualquiera sea su situación moral o personal en que se encuentren. Hechos a imagen y semejanza de Dios para ser sus hijos, esta imagen está ensombrecida y aún escarnecida. Por eso Dios toma su defensa

²⁸ Cfr. Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento de Participación.

y los ama. Es así como los pobres son los primeros destinatarios de la misión, y su evangelización es por excelencia señal y prueba de la misión de Jesús²⁹.

El Papa Benedicto XVI, por otra parte, afirma que este amor al prójimo, enraizado en el amor a Dios es, ante todo, una tarea para cada fiel, pero lo es también para toda la comunidad eclesial y esto, en todas sus dimensiones: desde la comunidad local a la Iglesia particular, hasta abarcar a la Iglesia universal en su totalidad³⁰.

Por lo tanto, la opción por los pobres se transforma también en un elemento distintivo y permanente de la identidad de cada comunidad educativa católica.

Es por ello que el Papa Juan Pablo II exhortaba a que el servicio e influjo de los distintos centros de la Iglesia dedicados a la enseñanza lleguen a todos los sectores de la sociedad sin distinciones ni exclusivismos. Es indispensable –continuaba diciendo– que se realicen todos los esfuerzos posibles para que las instituciones católicas, a pesar de las dificultades económicas, continúen impartiendo educación cristiana a los pobres y a los marginados de la sociedad. Nunca será posible liberar a los indigentes de su pobreza si antes no se los libera de la miseria debida a la carencia de una educación digna³¹.

Los Pastores reunidos en Medellín, por su parte, insistían en que se aplique la recomendación del Concilio Vaticano II, referente a una efectiva democratización de la escuela católica, de tal manera que todos los sectores sociales, sin discriminación alguna, tengan acceso a ella y adquieran en la misma una auténtica conciencia social que informe su vida³².

Porque la Iglesia ofrece su servicio educativo en primer lugar a aquéllos que están desprovistos de los bienes de la fortuna, a los que se ven privados de la ayuda y del afecto de la familia, o a aquéllos que están lejos del don de la fe³³.

En este sentido, solicitaban los Obispos también en Puebla, que dentro de su misión específica, la misma universidad católica deberá vivir un continuo autoanálisis y hacer flexible su estructura operacional para responder al desafío de su región o país, mediante el ofrecimiento de carreras cortas especializadas, educación continuada para adultos, extensión universitaria con oferta de oportunidades y servicios para grupos marginados y pobres.

²⁹ Acentuaciones de las Orientaciones Pastorales 2006-2007, 16.

³⁰ Deus Caritas est, N° 20.

³¹ Ecclesia in America, 71.

³² Medellín, 18.

³³ Gravissimum Educationis, 9.

El llamado de los Pastores en esa Asamblea es a dar prioridad en el campo educativo a los numerosos sectores pobres de nuestra población, marginados material y culturalmente, orientando preferentemente hacia ellos, los servicios educativos de la Iglesia³⁴.

Las Reformas Educativales

El Documento de Participación del CELAM, en vista a la próxima Conferencia General en Brasil, afirma que las nuevas reformas educacionales de nuestro continente, impulsadas justamente para adaptarse a las nuevas exigencias que se van creando con el cambio global, aparecen centradas prevalentemente en la adquisición de conocimientos y habilidades, denotan un claro reduccionismo antropológico, ya que conciben la educación en función de la producción, la competitividad y el mercado. Por otra parte, con frecuencia propician la inclusión de factores contrarios a la vida, la familia y una sana sexualidad. De esta forma no despliegan los mejores valores de los jóvenes ni su espíritu religioso; tampoco les enseñan los caminos para superar la violencia y acercarse a la felicidad, ni les ayudan a llevar una vida sobria y adquirir aquellas actitudes, virtudes y costumbres que harán estable el hogar que funden y que los convertirán en constructores solidarios de la paz y del futuro de la sociedad. Falta mucha equidad en el acceso, con igualdad de oportunidades, de todos los jóvenes a la educación. El aumento de los embarazos adolescentes, del consumo de droga y de alcohol, como también de la violencia intraescolar, es un fenómeno grave, que exige un análisis interdisciplinario y profundo y la superación de sus causas³⁵.

El aporte de las instituciones educativas católicas

En este sentido, la universidad católica, por ejemplo, está llamada a que sus actividades de investigación incluyan, por tanto, el estudio de los graves problemas contemporáneos, tales como, la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional. La investigación universitaria se deberá dedicar a estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas. Si es necesario, la Universidad Católica deberá tener la valentía de expresar verdades incómodas, verdades

³⁴ Puebla, 1043.

³⁵ Documento de Participación, 128.

que no halagan a la opinión pública, pero que son también necesarias para salvaguardar el bien auténtico de la sociedad³⁶.

En la escuela católica, a su vez y en virtud de lo que ya se ha expresado, ningún joven puede quedar excluido de la esperanza y de la acción de la comunidad educativa, sobre todo si sufre pobreza, derrota y pecado. Este compromiso, sin embargo, choca a menudo contra un obstáculo: a muchos jóvenes no les llega ni nuestro mensaje, ni nuestro testimonio. Entre nosotros y no pocos de ellos, hay una distancia que, muchas veces es física y sobre todo, psicológica y cultural. Ir y acercarse a los jóvenes, acogerlos desinteresadamente y con solicitud en nuestros ambientes educativos y ponernos en atenta escucha de sus demandas y aspiraciones, han de ser para nuestros centros de formación opciones fundamentales que preceden a cualquier otro paso en el camino de educación en la fe. Éste empieza con la valorización del patrimonio que todo joven lleva dentro de sí, y que un verdadero educador debe saber descubrir con inteligencia y paciencia. De este modo, la vida de los jóvenes es a la vez, punto obligado de donde partir para un camino de fe, referencia continua en su desarrollo y punto de llegada, cuando se ha transformado y encauzado hacia su plenitud en Jesucristo.

Dentro de este contexto, la invitación de la Iglesia es a promover de igual forma la educación no formal, para revitalizar nuestra cultura popular, haciendo manifiestos los valores y símbolos hondamente cristianos de la cultura latinoamericana. Acompañar la alfabetización de los grupos marginales con acciones educativas que los ayuden a comunicarse eficazmente; tomar conciencia de sus deberes y derechos; comprender la situación en que viven y discernir sus causas; capacitarse para organizarse en lo civil, lo laboral y político y poder así participar plenamente en los procesos decisorios que les atañen³⁷.

Espacios para una propuesta de formación y acompañamiento

El camino de fe y espiritualidad juvenil que promueve la educación católica ha de asumir con seriedad el compromiso de los jóvenes que trabajan por construirse una identidad, conciliando dinámicamente tres aspectos claves en esta etapa de sus vidas, como son: los impulsos de sus energías internas, los numerosos y variados mensajes y propuestas que surgen del contexto sociocultural y los horizontes que les permiten vislumbrar la hora que les toca vivir.

³⁶ Ex Corde Ecclesial, 32.

³⁷ Puebla, 1045-47.

Tres pueden ser también los espacios en la formación juvenil, en donde la educación católica debería sentirse llamada a anunciar esta fe como dadora de sentido y de fuerza existencial: la formación de la conciencia moral, la educación en el amor y la sexualidad y el desarrollo de la dimensión social y política de la caridad.

La Formación de la Conciencia: La primera tarea es ayudar al joven a adquirir la suficiente capacidad de juicio y de discernimiento ético. Debe estar en condiciones de distinguir el bien del mal, el pecado de las estructuras de pecado, la acción de Dios en su persona y en la historia. Tender a un discernimiento de este género, como eje de formación de la conciencia, significa también aclarar el objetivo de toda formación moral: hacerse capaz de ejercer moralmente la propia autonomía y responsabilidad. Se necesita igualmente una seria formación crítica acerca de los valores culturales y ciertas normas de convivencia social que contrastan con valores fundamentales. Hay que saber tomar posición frente a ellos, provocando una situación de objeción sobre la base de la propia conciencia, inspirada en Cristo y su Evangelio. Esto defiende de ambigüedades justificadas racionalmente, de ideologías recurrentes y de la superficialidad de juicio acerca de los acontecimientos, cuya naturaleza más profunda delata.

La Educación en el Amor: La educación católica considera el amor como una dimensión fundamental de la persona. Es el resorte que hace saltar la vida. Es lo que da sentido a la existencia, abriéndola a la comprensión y a la donación desinteresada y aun sacrificada de sí. Los jóvenes suelen vivirlo con totalidad y exclusividad, hasta el punto de posponer cualquier otro valor y compromiso. Es por ello que la educación católica se esfuerza por favorecer y promover la maduración de los jóvenes educándolos también en el amor.

Ella está convencida que el misterio de Cristo, su vida y sus hechos son propiamente la revelación plena y normativa del amor auténtico. Como primera cosa, se esfuerza por crear alrededor de los jóvenes, en todos los ambientes, un clima educativo rico en intercambios comunicativo-afectivos. El sentirse acogido, reconocido, estimado y querido, es la mejor lección sobre el amor. Se trata de fortalecer los signos y gestos de familia. La pedagogía cristiana tiene la convicción que una formación integral, más la presencia de Dios en los jóvenes, los llevará a apreciar valores que son expresión de una sexualidad auténtica, como el respeto de sí mismo y de los otros, la dignidad de la persona, la transparencia en las relaciones, al margen de toda manipulación, y la reciprocidad entre muchachos y niñas. Ésta, entendida como enriquecimiento mutuo, que abre al diálogo y a la atención y descubrimiento del otro, quien se siente acogido en su ser y en su dignidad personal.

La Iglesia entiende educar adecuadamente en la sexualidad, cuando ésta llega a ser internalizada como valor, que va madurando progresivamente a la persona, hasta desa-

rollar en ella virtudes, destrezas y competencias que la hagan capaz de comprenderla y expresarla como don que se ha de intercambiar en una relación de pareja definitiva, exclusiva, total y abierta a la vida, a la procreación responsable.

La Formación Social y Política: La Iglesia busca, en efecto, a través de sus instituciones educativas, preparar una generación capaz de construir un orden social más humano para todos. Se trata, por tanto, de superar un género de indiferencia creciente y generalizada, de ir contra la corriente y educar en el valor de la solidaridad, contra la praxis de la competencia exacerbada y del provecho individual. Hoy, en un mundo neoliberal y de mercado, para un porcentaje importante de jóvenes es muy fuerte la tentación de refugiarse en lo privado y en una gestión consumista de la vida, a lo cual hay que agregar el recelo que nace ante hechos de ruptura entre ética y política y cuya señal proviene de situaciones de corrupción.

A este punto, nace la necesidad urgente en la educación católica de individuar actitudes y proyectar iniciativas que ayuden a los jóvenes de hoy a expresar con la vida la verdadera dimensión social de la caridad cristiana. La indicación más general es a trabajar, en el camino de la fe en Jesucristo, para hacer resaltar el valor absoluto de la persona y su inviolabilidad, que está por encima de los bienes materiales y de toda organización. Aquí tenemos la clave crítica para evaluar situaciones éticas anormales y hacer opciones personales frente a los despiadados mecanismos de la manipulación.

De este modo, la Iglesia solicita que la primera atención pedagógica sea acompañar a los jóvenes en el conocimiento adecuado de la compleja realidad sociopolítica en que viven y simultáneamente, mirar al mundo, a sus problemas y dramas y a los mecanismos perversos que en muchos países agigantan situaciones de sufrimiento e injusticia, evaluando a partir del Evangelio y la Doctrina Social de la Iglesia los hechos y sistemas con mirada crítica y serena. Esta será la plataforma desde la cual los jóvenes sean introducidos en un proceso de desarrollo de actitudes relacionadas con la solidaridad, la justicia y la paz, mediante experiencias significativas de compromiso social, que les permitan ir asumiendo el desafío de ser constructores de la civilización del amor.

Conclusión y Comentarios

● La misión primaria de la Iglesia es anunciar el Evangelio de manera tal que garantice la relación entre fe y vida tanto en la persona individual como en el contexto sociocultural en que las personas viven, actúan y se relacionan entre sí, en modo de alcanzar y lograr transformar mediante la fuerza del Evangelio los criterios de juicio, los valores determinantes, los puntos de interés, las líneas de pensamiento, las fuentes inspiradoras y los modelos de vida de la humanidad que están en contraste con la Palabra de Dios y el designio de salvación³⁸.

Por lo tanto, la meta que la educación católica se propone respecto de los jóvenes es la de colaborar en la construcción de su personalidad teniendo a Cristo como referencia en el plano de la mentalidad y de la vida. Tal referencia, al hacerse progresivamente explícita e interiorizada, le ayudará a ver la historia como Cristo la ve, a juzgar la vida como él lo hace, a elegir y amar como él, a cultivar la esperanza como él nos enseña y a vivir en la comunión con el Padre y el Espíritu Santo. Por la fecundidad misteriosa de esta referencia, la persona se construye en unidad existencial, o sea, asume sus responsabilidades y busca el significado último de su vida. Situada en la Iglesia, comunidad de creyentes, logra con libertad vivir intensamente la fe, anunciarla y celebrarla con alegría en la realidad de cada día. Como consecuencia, maduran y resultan connaturales las actitudes humanas que llevan a abrirse sinceramente a la verdad, a respetar y amar a las personas, a expresar su propia libertad en la donación de sí y en el servicio a los demás.

Sin perjuicio de lo anterior, es necesario señalar que la validez de los resultados educativos de las instituciones católicas no se mide en términos de eficacia inmediata: en la educación cristiana, además de la libertad del educador y de la libertad del educando, colocados en relación dialógica, se debe tener en consideración el factor de la “gracia”. Libertad y gracia maduran sus frutos según el ritmo del espíritu que no se mide sólo con categorías temporales. La gracia, al injertarse en la libertad, puede guiarla hacia su plenitud que es la libertad del Espíritu. Cuando colabora, consciente y explícitamente con esa fuerza liberadora, los centros católicos de formación se convierten en levadura cristiana del mundo.

● La Educación No Formal generalmente la concebimos como un proceso de formación integral, es decir, espiritual-bio-psico-social, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura.

Nuestra sociedad, fruto de la globalización neoliberal, asimétrica, está produciendo muchísimos excluidos de la educación formal que claman por la urgente integración.

³⁸ Evangelii Nuntiandi, 18 y ss.

San Juan Bosco y San Alberto Hurtado fueron sensibles a esta necesidad.

La Educación No Formal procura también responder a este clamor formando, empoderando, para lograr la inclusión; pero debe enfrentarse a la falta de reconocimiento, a la escasa solidaridad y a la carencia muy significativa de recursos.

Nuestros Obispos hacen un llamado al Estado, a las instituciones eclesiales, a los privados y a toda la sociedad, a aumentar los recursos dirigidos a los sectores de mayor pobreza; nos invitan, no sólo a mejorar la educación, sino también, como Iglesia, a tener una actitud de escucha, cercana, atenta y cariñosa, con sus hijos que más sufren las consecuencias de la persistente y escandalosa desigualdad (Cfr. CECH, nov. 2006. "Hacia un bicentenario libre del flagelo de la droga").

La Educación No Formal también procura partir de un serio análisis de la realidad, mirada a la luz de Jesucristo y su modo de encarnarse en la realidad de su época: el que siendo Dios se hizo hombre; el que siendo grande se hizo pequeño; el que siendo todopoderoso se hizo vulnerable; el que siendo el Santo de los santos se puso en la fila de los pecadores para ser bautizado; el que desde los 12 años fue maestro de doctores prefirió poner su sabiduría al servicio de los excluidos y que, con sus bienaventuranzas, vino a cambiar las representaciones sociales, llamando bienaventurados a los excluidos y despreciados de la época: los pobres, los mansos, los misericordiosos, los puros de corazón, los perseguidos por la justicia.

Inspirados por Él procuramos impartir educación seria, profunda, sistemática, aunque casi siempre carecemos de infraestructura y otros medios para cumplir íntegramente el objetivo que buscamos. Es necesario, entonces, como lo pide la Sagrada Congregación para la Educación Católica, que nuestros centros de formación se conviertan en lugares de encuentro de aquéllos que quieren testimoniar los valores cristianos en toda educación (E. C., 53). Esta dimensión comunitaria y solidaria se nos recordó que es exigencia humana y cristiana con seria fundamentación teológica (OO.PP., 2000-2005, N° 114).

También los docentes de la Educación No Formal están llamados a vivir y manifestar la paternidad de Dios y la de Jesucristo, el Buen Pastor, con los excluidos de la Educación Formal por carecer de medios, o por la distancia o difícil acceso a los mismos, o por su situación familiar o laboral. Y así lo hacen con los más desposeídos.

Procuramos con ello satisfacer, en la medida de nuestras fuerzas, sus necesidades de capacitación en la acción, la realización de sus sueños y las aspiraciones de una sociedad más justa, equitativa y solidaria.

La educación católica debe optar preferencialmente por los pobres.

Desde los pobres Cristo nos habla, nos interpela, nos evangeliza.

Porque nos ama, quiere darnos un gran regalo: la oportunidad de amarlo en la persona de los que sufren (Mt. 25, 31).

Escolares alemanes están aprovechando esta oportunidad:

En la Población La Victoria, ubicada en un sector marginal de la zona sur de Santiago, hay un jardín infantil donde se educa a 300 niños de alto riesgo. Cada uno de ellos es apadrinado por un niño alemán de una organización solidaria. El apadrinamiento no se limita sólo a una mera ayuda económica, sino que esa relación está personalizada con intercambio de fotos, de saludos, etc. ¡Qué lindo gesto!...

¿Podremos imitarlos?... Necesitamos crecer en solidaridad realizando encuentros de reflexión y acción entre la Educación Formal y la Educación Informal católica, para dar así oportunidad de educar en la solidaridad y la inclusión.

Los Obispos en Puebla pidieron a las universidades católicas de América Latina que ofrezcan oportunidades y servicios para grupos marginados y pobres, como son, en general, los que atiende la Educación No Formal.

El Documento de Participación para la V Conferencia del CELAM nos invita a analizar profundamente y a actuar en consecuencia ante “la falta de equidad en el acceso a la educación, el aumento de embarazos de adolescentes, el consumo excesivo de alcohol, el consumo de drogas, la violencia intraescolar, etc.”.

Tenemos que pensar también en cuánto influyen los medios de comunicación. Ellos nacieron para transmitir cultura y valores; para destacar noticias positivas y personajes dignos de imitación; para difundir la paz, no la violencia; el amor verdadero y no la sexualidad sin afecto, para construir y fortalecer las familias, tan afectadas por el consumismo, el hedonismo y el individualismo; para fomentar condiciones laborales justas; para abrir espacios de recreación sana; para ayudar a las familias en la asertiva formación de los niños y jóvenes.

Los beneficiarios de la Educación No Formal muchas veces han sido excluidos de la Educación Formal. Pero también existen escuelas inclusivas que desarrollan medios de enseñanza que responden a las diferencias grupales o individuales, favoreciendo el desarrollo de actitudes de respeto y valoración de las diferencias, de colaboración y solidaridad, sin discriminación ni exclusión.

La Iglesia busca, a través de la Educación No Formal, la inclusión de los hermanos excluidos, preparándolos para construir un orden social más humano para todos; o sea, hace suya la oportunidad de solidarizar.

Educar en la solidaridad es emplear la pedagogía de la confianza:

Si los docentes estimulan la cooperación entre los estudiantes, desarrollarán confianza. Por el contrario, si fomentan la competitividad provocarán diversas formas de desconfianza que llevan al repliegue individualista.

Continúan vigentes los referentes y desafíos para la Educación No Formal planteados por el CELAM –la CIEC– y la CLAR, en junio de 2004, para la Educación No Formal:

- A partir de la Opción por los Pobres priorizar las acciones de la Educación No Formal como la alternativa o medio de inclusión para el ejercicio de la ciudadanía y fortalecimiento de la identidad como hijos de Dios.
- Que las Conferencias Episcopales elaboren orientaciones en sus planes pastorales e incorporen la Educación No Formal, recogiendo y sistematizando las experiencias y la reflexión.
- Proponer la conformación de la red Latinoamérica y las nacionales de Educación alternativa.
- Que nuestro compromiso evangelizador de Educación No Formal sea expresión del seguimiento a Jesucristo, Maestro pobre, con los más pobres y excluidos, como un auténtico proceso de discipulado.
- Que las instituciones evangelizadoras y educativas de la Iglesia reflexionen sobre su práctica y estructuras en función de la inclusión.
- Fortalecer la formación de formadores evangelizadores y reflexivos de su práctica.
- Que la Iglesia colabore a formular, implementar y evaluar políticas públicas que vayan a la raíz de los problemas o que ayuden a paliar las situaciones de emergencia.
- Realizar encuentros con organización de trabajadores, empresarios, sindicatos, ONGs, para asumir los desafíos de una educación para todos.
- Proponer modelos y métodos de educación integral evangelizadora para los más pobres, con proposiciones concretas para las necesidades de su contexto.
- Abrir espacios a los procesos de alfabetización, especialmente en áreas rurales y suburbanas, haciendo también de las acciones pastorales espacios pedagógicos.
- Priorizar el uso de los medios de comunicación social para una más eficiente transmisión de los valores evangélicos y no sólo programas de práctica religiosa.
- *Formación de agentes pastorales con el siguiente perfil:*
 - Coherencia entre su palabra, su obra y su vida.
 - Compromiso con su entorno social para un entorno más justo, solidario, fraterno, digno, inclusivo, en armonía en el medio ambiente.
 - Con actitud positiva, propositiva, asertiva, empática y fraterna.
 - En permanente formación.

- Con competencias en diseño, acompañamiento, evaluación y sistematización de procesos.
- Capaz de responder a las necesidades y demandas de la comunidad, anunciando los valores del reino.
 - La pedagogía nace de la comunicación.
 - Ante la exclusión, optar por la inclusión y emponderamiento.
 - La tarea es facilitar los procesos que contribuyen a nuevas formas de relaciones que incluyen a todos/as y nos permiten construir juntos.
 - Sólo en la libertad y responsabilidad personal se podrá educar la verdad, conformar el corazón de los demás, en el amor al bien, se podrá tejer, desde la experiencia de Educación Informal, una sociedad fraterna y justa.

● *Objetivos de la Educación No Formal:*

Favorecer espacios de comunión, preparación e intercambio entre el Área de Educación de la Conferencia Episcopal de Chile y los demás organismos de la Iglesia y la sociedad civil, a nivel nacional y que están al servicio de la Educación No Formal, a fin de fortalecer el potencial evangelizador en este campo educativo.

Educar en la verdad, ayudando a descubrir y desarrollar cualidades, para la mejor y más eficaz participación del pueblo de Dios, en la Iglesia y la Sociedad; educar para la justicia, la solidaridad, la libertad y la paz; realizar una educación iluminada por la Sagrada Escritura y el Evangelio. En resumen, educar para la felicidad.

● *Algunos aportes específicos de Educación Informal:*

- 1) Fundación Don Bosco y Hogar de Cristo que son vastamente conocidas.
- 2) PANADY EFAD han realizado encuentros Nacionales de Educación Informal con participación de organismos que intervienen algunas situaciones críticas asociadas al consumo de drogas.
- 3) Fundación Mundo Ideal, Santiago: Refuerza la educación de niños y jóvenes en riesgo social mediante colonias educativas de verano, cursos de computación, reforzamiento escolar, etc.
- 4) Congregación Nuestra Señora del Buen Consejo, Malloco: Atiende niños y jóvenes en situación de vulnerabilidad social: 100 menores entre 5 y 16 años. Para ellos frece: talleres de desarrollo manual (artesanía, música, repostería, cómic, macramé, computación, biblioteca ... trabajo en red municipal, consultorio, COSAM.
- 5) Instituto Hijas de María Auxiliadora, Santiago: Atiende 6 hogares de menores en situaciones de riesgo: 3 en Santiago y 3 en provincia.

- 6) El centro de Educación Luis Rutten de Talca: de los niños de la Inmaculada Concepción. Ofrece:
 - Talleres para señoras.
 - Juegoteca “El mundo de Luchín”. Este programa acoge niños de 3 a 4 años de edad, para desarrollar potencialidades.
 - Programa: “Créame”, para crear nuevas empresas. Ha formado 350 personas y ha ayudado 130 proyectos con montos de \$ 50 a \$ 150.000 c/u.
 - Nivelación de estudios para adultos.
 - Colegio para jóvenes sin acceso a enseñanza media.
 - Con financiamiento SENCE capacitación a 1.000 jóvenes.
- 7) Programa de capacitación de mujeres para el cuidado del adulto mayor de Rancagua: Para 30 mujeres en curso.
- 8) Capacitación en primeros auxilios a voluntariado de Cáritas de Rancagua para mejor labor samaritana: Beneficiando a 50 personas directamente y 450 indirectamente.
- 9) Programas de mejoramiento de calidad de vida de Rancagua: a) Crianza de gansos para mujeres, b) Reconversión de pescadores artesanales.
- 10) Jornadas de formación valórica y de crecimiento juvenil de Iquique: Formando líderes cristianos para el medio educativo.
- 11) El centro integral Familia - Niño, de Valdivia: Para 300 personas con talleres de perfeccionamiento.
- 12) Jardín infantil Nuestra Señora de La Victoria, de Santiago: Para 300 niños de alto riesgo social con formación de sus padres y a jóvenes de la misma población que trabajan como tías y tíos.
- 13) Programa de animación cultural para jóvenes comunicadores populares de Chiloé: Para 50 comunicadores activos que ven la comunicación como camino para la evangelización, la animación comunitaria, el sentido crítico, la identidad cultural y el protagonismo.
- 14) Hnas. de la Providencia de Limache, V Región: Trabajan con niños de 0 a 6 años con SENAME en protección preescolar dándole atención personalizada y especializada y acciones que permitan la restitución de los derechos vulnerados, especialmente el de vivir en familia.

15) Pastoral de Prevención de La Serena: Forma, capacita, difunde, acompaña y coordina programas de prevención y rehabilitación de alcohólicos y drogadictos y situaciones críticas asociadas con enfoque espiritual-biológico-psicológico-social inspirado en Jesucristo Señor de la Vida que beneficia a niños, jóvenes y adultos.

● *Dos alcances sobre nuestra Identidad Católica*

El primer alcance dice relación a una cuestión básica estrictamente teológica, a saber: ¿qué pretendemos decir cuando planteamos en el seno de la comunidad eclesial el tema de la identidad? o, mejor dicho, ¿con qué criterio hermenéutico podemos aproximarnos a una respuesta que, por su naturaleza, será siempre inconclusa, pero inexcusable para cada uno de nosotros?

¿Qué es aquello que nos permite dar fundamento a nuestra fe cristiana y aproximarnos, personal y comunitariamente, a una respuesta aunque sea precaria y siempre provisoria?

Pues bien, el fundamento que nos permite acercarnos a la pregunta por nuestra identidad no se da, primariamente, por un argumento de autoridad; tampoco es un conjunto de doctrinas abstractas, ni debe dejarse condicionar por las modas, sino por una persona, Jesús, el Cristo. Él es el núcleo esencial de la fe. Perder de vista aquello no nos permite acercarnos a la pregunta por nuestra identidad.

El segundo alcance dice relación con lo “católico”, más específicamente, advertirnos, en nuestro medio, el que se perciba más que una negación indistinta de lo trascendente o de la opción creyente, muchas veces, como no renovado, o poco pertinente para nuestro contexto actual.

K. Lehmann, teniendo presente los condicionamientos concretos en que se desarrolla la vida de la Iglesia, anota varios “fundamentos para entender mal al cristianismo como una ideología”:

- El rechazo de la sociedad moderna de cualquier metafísica y su tendencia relativizante que se ha acentuado bajo el predominio de las ciencias empíricas.
- En segundo lugar, un uso abusivo del cristianismo como instancia consolidadora del “Antiguo Régimen”. Este uso restaurativo del cristianismo no es sólo un asunto del siglo pasado, sino que se da también cuando el cristianismo se convierte en “ideología de justificación de la sociedad capitalista y de un orden reaccionario policial”.
- En tercer lugar, se anota el recurso que en la Iglesia se hace al “derecho natural” como categoría que sanciona y absolutiza lo que, en realidad, puede ser más que un elemento de una orden correspondiente a una situación histórica determinada.
- Un cuarto fundamento para interpretar mal el cristianismo como ideología, es la tendencia a la autoglorificación, o algunas teorías sacramentarias y eclesiológicas

que lindan en una valoración casi mágica de los sacramentos y de la institución eclesial³⁹.

Pueden parecernos extremas las aseveraciones de Lehmann. No obstante, ante la cuestión de la identidad es preciso, también, recoger las preguntas o mal entendimientos del medio pues, más que recurrir a una falsa apologética, debemos respondernos nosotros mismos, propositivamente, esos cuestionamientos que no pocas veces tienen antecedentes históricos reales.

En un segundo orden de cosas, hay que destacar algunas notas que son particularmente relevantes a la hora de hablar de la identidad de la educación católica.

Por de pronto, los cristianos no sabemos más que los otros respecto a la educación, en el sentido que la experiencia de la fe nos dotaría de algún tipo de conocimiento especial sobre aquélla o sobre cualquiera esfera del quehacer humano, sea ésta en el plano económico, político, científico o, bien, en las artes.

Con esto no se pretende desconocer la rica herencia histórica en el saber educativo que nos heredan importantes maestros a través de la historia. A decir verdad, la labor en el campo educativo por parte de los cristianos se confunde con su propia historia y es indudable el valioso aporte y contribución en este campo.

¿Por qué, entonces, esta afirmación aparentemente minimizadora del aporte o de las posibilidades propias de la educación católica? Al parecer, todo indica que en el campo de la educación, al igual que en las otras esferas del quehacer humano, estamos ante una situación completamente nueva que nos obliga a pensar (evaluar) nuestro aporte.

En efecto, en muchas sociedades, el rol “colaborador” de la educación católica no puede ser pensado en los mismos términos que en otras épocas. Antes, al igual que en otros campos, la educación católica no sólo fue pionera sino, por mucho, subsidiaria de un rol social mayor. A medida que las sociedades han asumido una responsabilidad mayor respecto a la educación, el aporte se ha ido haciendo cada vez más complementario y todo apunta a que se mantendrá irreversiblemente en esa dirección (Es un hecho cuantificable estadísticamente como ha ido evolucionando el impacto de la escuela católica en el sistema educativo).

Desde ese punto de vista, no podemos dejar de valorar algunas afirmaciones centrales que recoge la reflexión del magisterio contemporáneo y que, hoy, hemos recordado:

- En primer término, el concepto de educación: el que “queremos concebir fundamentalmente como un proceso de formación integral, mediante la asimilación sistemática y crítica de la cultura”.

Por obvio que parezca, es importante entrar en el vasto campo de la discusión respecto al concepto mismo de educación. Especialmente hoy, donde se distinguen

³⁹ Ver en Noemi, Juan. *El Mundo creación y promesa de Dios*, 188.

perspectivas que es necesario armonizar: ¿queremos una educación al servicio del recurso humano para generar los conocimientos y competencias que requiere el desarrollo fundamentalmente concebido desde el punto de vista económico o, bien, apuntar al personal y social de los individuos, en todas sus dimensiones? Situar el análisis en estos términos nos permite y nos obliga a entrar al foro público.

- En segundo lugar, por lo dicho precedentemente, es altamente atractiva la distinción que realiza el magisterio contemporáneo entre “escuela católica” y “educador católico”, pues permite mirar el conjunto de los desafíos y oportunidades que presenta el hecho educativo. El rol de educador “católico” no se agota en nuestras instituciones y, ciertamente, desafía la responsabilidad formativa del conjunto de la comunidad eclesial, para animar y acompañar a tantos laicos que trabajan en los más diversos ámbitos relacionados con el empeño educativo (pedagogos, servidores públicos, investigadores, etc.).
- Una consideración respecto a los contenidos y fines distintivos de la educación católica.

Nos han dicho, y con mucha razón, que el drama de nuestro tiempo radica en la ruptura entre fe y cultura.

Por consiguiente, el desafío de pensar la catolicidad de nuestras instituciones no puede ser un acto secundario, o sólo contentarse con aspectos de pertinencia eclesial. Especialmente, ante un contexto que presenta muchos aspectos inéditos: a) la creciente presencia de varias visiones de mundo y de la vida en nuestras culturas; b) la caída del significado de formas tradicionales de antropología y de educación cristiana; c) la disociación entre cultura y fe; d) la distancia entre nuestro lenguaje y el del hombre contemporáneo, apuntan a un verdadero replanteamiento de la cuestión por el significado de nuestra identidad, en pertinencia con la experiencia de mundo del hombre y la mujer de hoy.

¿Tienen vigencia la escuela y la universidad católica? ¿Necesita nuestra sociedad de su aporte?

Así las cosas, la cuestión nuclear de la catolicidad no se entiende sólo por sus notas de pertinencia institucional, sino por una profundización en su misterio: y este tiene que ver con Dios, tal cual lo conocemos en Jesús. Por tanto, se trata de un desafío de mayor comprensión teológica. Esto comporta al menos dos elementos:

- la inteligencia en la fe para profundizar “toda la verdad acerca de la naturaleza, del hombre y de Dios” (Ex Corde Ecclesiae).
- una franca actitud de diálogo promoviendo un proyecto educativo que se apoye en un saber y en una cultura que se basa en una antropología inspirada en la integridad de la persona humana.

Bibliografía

- Benedicto XVI** (2006). Carta Encíclica Deus Caritas est, Roma.
- CECH** (2006). Acentuaciones de las Orientaciones Pastorales 2006-2007, Santiago.
- CELAM** (1968). Documento Conclusivo Asamblea General de Medellín.
- CELAM** (1968). Documento Conclusivo de la Asamblea General de Santo Domingo.
- CELAM** (1979). Documento Conclusivo Asamblea General de Puebla.
- CELAM** (2005). Hacia la V Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, Documento de Participación, Bogotá.
- Concilio Vaticano II** (1963). Constitución Apostólica Gaudium et Spes, Roma.
- Concilio Vaticano II** (1965). Declaración Gravissimum Educationis, Roma.
- Congregación Salesiana, Capítulo General XXIII** (1990). La Educación de los jóvenes en la fe, Roma.
- Juan Pablo II** (1988). Carta Apostólica Iuvenum Patris, con ocasión del centenario de la muerte de San Juan Bosco, Roma.
- Juan Pablo II** (1990). Contribución Apostólica Ex Corde Ecclesiae, sobre Universidades Católicas, Roma.
- Juan Pablo II** (1999). Exhortación Apostólica Postsinodal Ecclesia in América, México.
- Noemi, Juan** (1996). El mundo, creación y promesa de Dios, San Pablo, Santiago.
- Pablo VI** (1975). Exhortación Apostólica Evangelii Nuntiandi, sobre la Evangelización del Mundo Contemporáneo, Roma.
- Sagrada Congregación para la Educación Católica** (1977). La Escuela Católica, Roma.
- Sagrada Congregación para la Educación Católica** (1982). El Laico Educador, testigo de Fe en la escuela, Roma.
- Sagrada Congregación para la Educación Católica** (1997). La Escuela Católica en los Umbrales del tercer Milenio, Roma.

FECHA DE RECEPCIÓN: 13 de noviembre de 2008

FECHA DE ACEPTACIÓN: 12 de diciembre de 2008